

DELGADO VIÑAS, C. y PLAZA GUTIÉRREZ, J.I. (Edts). (2012): *Territorio y paisaje en las montañas españolas. Estructuras y dinámicas espaciales*. Ediciones Librería Estvdio: 249 pp., Santander.

Las áreas de montaña en España ocupan 190.400 Km² (el 38% del territorio nacional), distribuidos por 2.868 municipios (35% del total), y en ellas vive el 8% de la población, aproximadamente. Conservar las montañas con sus gentes y sus recursos tiene interés por la población que allí habita, pero también por una serie de activos o beneficios que nos ofrece la montaña a todos los que no vivimos en ellas. Entre tales beneficios se encuentran los ambientales (bosques, fauna, endemismos, reserva hídrica, elevados índices de biodiversidad,...), paisajísticos (estructura, patrimonio ambiental, estética,...), productivos (pastos, madera, nieve, caza, setas, miel, frambuesas, licores,...) y culturales (urbanismo, edificaciones, paisaje, razas locales, modos de gestión,...). Podríamos afirmar que las montañas son patrimonio de la humanidad y que su desarrollo corresponde a todos.

Sin embargo, muchos de tales activos se han ido deteriorando y corren el riesgo de perderse, como consecuencia del proceso de marginación productiva que sufren la mayor parte de las áreas de montaña desde hace un siglo, proceso agravado entre los años sesenta y ochenta del siglo XX. La incorporación de la montaña a una economía dinámica y de amplio radio implicó el trasvase de población hacia las ciudades, el abandono del espacio agrícola, la caída brusca de los censos ganaderos, la casi total desaparición de la trashumancia, la sustitución de razas ganaderas autóctonas por otras llegadas de fuera, el descuido del monte, la crisis de la artesanía y pequeña industria local y, con frecuencia, la desaparición de infraestructuras y servicios básicos para atraer a población foránea.

Los cambios en la demografía y en la gestión del territorio han llevado a cambios paisajísticos muy acusados con avance de la vegetación (bosques naturales y de repoblación, matorrales, degradación de pastos), lo que supone la disminución de la diversidad paisajística, con aumento de la dominancia y caída de la fragmentación, y –casi siempre– la pérdida de calidad estética del paisaje (desmoronamiento de bancales, pérdida de setos, deterioro de construcciones,...). También implica que haya menos agua disponible en las cuencas, valores más bajos de biodiversidad, mayor riesgo de incendios forestales y que muchos suelos, mantenidos en las laderas durante siglos, sean ahora arrastrados tras cada tormenta.

En estas circunstancias, los habitantes de la montaña y las distintas administraciones tratan de conservar los espacios de montaña. El libro que reseñamos nos cuenta cómo ha sido la evolución desde los años sesenta de 17 áreas de la montaña española y qué actuaciones se han puesto en marcha en las últimas décadas para tratar de innovar y renovar las actividades socioeconómicas. Esos 17 territorios se distribuyen por la Cordillera Cantábrica, Pirineos Atlánticos, Sistema Ibérico, Sistema Central y Montes de Toledo. En conjunto reúnen 14.664,53 Km², 222 municipios y 205.125 habitantes. La densidad media era de 13,9 hab/Km² en 2010, aunque con una gran disparidad entre territorios. La Montaña Central Asturiana tenía una densidad de 80,8 hab/Km², el Macizo de Hernio: 35,6 hab/Km², la Sierra de Béjar-Candelario:

45,1 hab/km² y el Valle del Tiétar: 30,1 hab/Km². En la posición contraria se encontraban: Tierras Altas, con sólo 2,4 hab/Km², La Serrota: 4,5 hab/Km², la Sierra de Ayllón: 4,6 hab/Km², La Cabrera: 4,6 hab/Km², Sanabria: 5,2 hab/Km², Las Villuercas: 5,7 hab/Km² y la Montaña Alavesa: 6,6 hab/Km². Densidades intermedias contabilizaban: Somiedo-Pigüeña, Alto Sil y Alto Luna (15,1 hab/Km²), Valle Alto de Asón (15,6 hab/Km²), las Merindades Occidentales (9 hab/Km²), Macizo de Gorbea (23,3 hab/Km²), Tierra de Pinares (15 hab/Km²) y Montes de León (15,7 hab/Km²).

Entre los años sesenta y ochenta todas las comarcas perdieron población, salvo Tierra de Pinares en el Sistema Ibérico Noroccidental, gracias –según explica Bachiller Martínez– al mantenimiento de bosques comunales, a partir de cuya explotación se generó un tejido industrial basado en la madera y la elaboración de muebles, que fue capaz de retener a la población en la comarca. También el derecho de cada vecino a una “suerte de pinos” fue un factor que contribuyó al mantenimiento de las familias. Las comarcas agroganaderas, por el contrario, sufrieron una importante crisis en aquellas décadas, a medida que la ganadería declinaba, bien por la decadencia de la trashumancia o bien por la dificultad para encontrar pastores. Algunas comarcas más agrícolas, como la Montaña Alavesa, por ejemplo, tampoco evolucionaron positivamente, a pesar de que en los años setenta y ochenta, encontraron un nicho en el mercado de la patata de siembra, abasteciendo a buena parte del norte de España.

En las últimas décadas todas las comarcas tratan de salir adelante revitalizando los recursos locales y –en la medida de lo posible– otorgándoles un sello de calidad y exclusividad (denominación de origen). Ejemplos de ello lo podemos encontrar en Las Villuercas, con diferentes productos catalogados, en Las Merindades occidentales, donde cuentan con la Marca de Garantía Carne de las Merindades (Carmer), y en el Valle del Jerte, donde desde 1997 existe la figura de calidad “Denominación de Origen Cereza del Jerte”. Un papel importante ocupa el patrimonio natural, cultural y religioso. El paisaje es contemplado como un recurso con alta potencialidad turística. Los programas de desarrollo (Proder, Leader,..) han servido para iniciar o promocionar, sobre todo, la actividad turística, con el crecimiento a veces espectacular del alojamiento, tanto hotelero como de casas rurales de distintas modalidades. Sin embargo, no todas las unidades estudiadas evolucionan en las últimas décadas de la misma manera. De la lectura del libro se puede concluir que:

La accesibilidad a una gran urbe es un factor esencial para el desarrollo de los espacios de montaña. La Montaña Central Asturiana presenta una evolución positiva por su proximidad y buena comunicación con Oviedo. El Macizo de Gorbea experimenta un destacado proceso de contraurbanización por su buena accesibilidad a Bilbao y Vitoria. El macizo de Hernio sigue el mismo proceso por su proximidad a San Sebastián y a una cuenca muy industrializada. El Alto Asón se beneficia de la llegada de personas procedentes de la aglomeración urbana de Bilbao. Por el contrario, el aislamiento lleva a profundizar en la decadencia. Un ejemplo muy claro lo constituye Tierras Altas, territorio no excesivamente alejado de Soria, pero con una comunicación complicada a través del Puerto de Oncala, lo que limita mucho las relaciones de la comarca con el exterior y el desarrollo de actividades económicas distintas a las tradicionales. Las diferencias de accesibilidad también se observan

dentro de cada unidad, de forma que los municipios mejor comunicados evolucionan mejor que los más inaccesibles.

Todas las unidades tienen recursos naturales y construidos de indudable interés, pero no todos tienen la misma capacidad de atracción. El lago de Sanabria lo visitaron 723.836 personas en 2010, según señala José María San Román. El atractivo que ofrece el Monasterio de Guadalupe es la causa principal para la llegada de numerosos visitantes y para que en su entorno próximo haya surgido una destacada actividad comercial. Al Valle del Jerte cada primavera se acercan miles de personas para ver la floración de los cerezos. La llegada de vascos al Alto Asón tiene mucho que ver con el atractivo del paisaje creado por el hombre, un paisaje de rasgos parecidos al de su vecino valle del Pas. En el macizo de Hernio el número de viviendas familiares ha crecido en un 145,2% entre 1991 y 2006, como consecuencia de su localización aledaña a unos de los municipios más dinámicos de la comarca (Asteasu), pero sobre todo por su emplazamiento en una ladera con muy buenas vistas. En el Macizo de Gorbea, el haber conservado el paisaje ha sido uno de los factores clave para que los municipios presenten una evolución positiva en los últimos años, según Rosario Galdós y Eugenio Ruiz Urrestarazu.

La existencia de emprendedores es esencial para activar económicamente una zona. Quizás el ejemplo más claro se encuentra en Tierra de Pinares, una comarca que supo aprovechar su riqueza natural para crear un sistema industrial en torno a los recursos forestales y el mercado nacional. La llegada de la actual crisis económica ha desviado la atención hacia otros recursos locales como los hongos, el turismo o la piedra, contando con la ventaja de las infraestructuras creadas en la fase anterior y con la experiencia de gente emprendedora. Otro ejemplo lo tenemos en el valle del Jerte, que ha sabido pasar de una agricultura de subsistencia a una agricultura de carácter industrial basada en la cereza como materia prima, a partir de la cual se producen licores, mermeladas, ... El cerezo, además, ejerce de atracción turística, propiciando la creación de establecimientos destinados al alojamiento, restauración y venta de productos artesanales.

La principal conclusión que se extrae de la lectura del libro es que frente a la atonía y abandono de los espacios de montaña hasta hace muy pocas décadas, asistimos recientemente a un fuerte dinamismo, como consecuencia de la iniciativa interna unas veces y, en la mayor parte de las ocasiones, del empuje externo a través de programas de desarrollo rural y políticas de conservación. Se está tratando de incardinar la montaña en la dinámica general del país, con resultados heterogéneos en función del punto de partida de cada municipio, de sus recursos y su accesibilidad. Los resultados son a veces poco positivos, quizás porque las áreas de montaña cuentan con importantes limitaciones para obtener grandes producciones y productos tipificados, que ahora exigen los mercados. O quizás porque con pequeñas producciones sólo se puede competir si se ofrece un producto exclusivo. Sin embargo, los distintos espacios de montaña siguen una estrategia parecida: obtener ingresos del patrimonio a través de la llegada de turistas o buscar un sello de calidad para lograr un sobreprecio. Pero, como se ha señalado anteriormente, no todos los municipios tienen potencial para atraer turistas, ni sus productos son muy diferentes de los de otras áreas de montaña, por lo que tienen muy complicado hacerse un hueco en el mercado.

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Es cierto que la montaña lo tiene complicado, como ecosistema frágil debe compaginar la gestión con la conservación, lo que requiere contemplar el territorio con una perspectiva compleja que integre información sobre la dinámica del agua y los nutrientes en un ambiente dominado por la escasez de espacios llanos, las fuertes pendientes, la heterogeneidad de los paisajes y recursos, la drástica reducción de la intervención humana desde mediados del siglo XX y la desorganización general del territorio, con intensificación de las áreas más accesibles y fértiles, y abandono de las laderas. Son muchos, pues, los retos e incertidumbres que acechan el futuro de estos espacios.

Este libro incluye los principales resultados del proyecto de investigación: *Dinámica socioeconómica y articulación espacial de las montañas en España: Experiencias y orientaciones para el desarrollo sostenible y la política de cohesión territorial*, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia, desarrollado durante los años 2007-2010. Los distintos capítulos del libro siguen una estructura parecida, dando inicialmente unos rasgos de la localización y principales características físicas de las unidades estudiadas, para a continuación analizar la evolución demográfica desde 1960 a 2010 y los cambios de gestión registrados. Todo ello se refleja en el paisaje. Después plantean las estrategias recientes de desarrollo para finalmente sacar unas conclusiones. Se trata de un libro muy bien editado, muy bien escrito y con buenos gráficos y fotos. Por encima de todo, puede apreciarse la preocupación de los autores por el futuro de cada comarca, así como el cariño que destilan en las páginas del libro por los espacios de montaña.

Teodoro Lasanta
Instituto Pirenaico de Ecología (CSIC), Zaragoza